

llas hileras de ventanas largas é irregulares, distinguir, á la indecisa claridad de la luna, el aposento que la joven ocupaba. Dejando vagar mis ojos por la masa de elementos confusos y raros: «Perdida está para mí, pensé, — ya antes de que me haya separado de los lugares en que ella habita! ¿Qué esperanza de conservar alguna relación con ella, cuando estaremos tan lejos uno del otro?»

Preso mi alma de un fantaséo que nada tenía de encantador, la campana resonó, tres veces consecutivas, en la calma de la noche recordándome, á la par que la hora de la cita, un individuo mucho menos seductor, bajo todos conceptos: Andrés Bonservice.

A la puerta de la avenida divisé un ginete apostado en la sombra que proyectaba la pared, el cual, sólo después de reiterada tos por mi parte y de llamarle distintas veces, respondió:

— Si; yo soy: os lo fio.

— Pasad adelante — dijele — y chitón, si os es posible, hasta nuestra salida del pueblo que está en el valle.

Andrés tomó, en efecto, la delantera, con paso más rápido de lo que yo quisiera, sometiéndose tan bien á mi indicación de que guardara silencio, que ni despegó los labios para explicarme la causa de una precipitación á mi entender inútil.

Después de separarnos, siguiendo las trochas conocidas por mi guía, de los pedregosos senderos que se entrecruzaban al rededor del castillo en enmarañada hurdimbre, llegamos á un páramo abierto y, pasándolo al galope, dirigimos nuestra correría al través de las montañas yermas que separan á Inglaterra de Escocia: región que ha recibido el nombre de *Fronteras medias*.

La ruta ó, mejor dicho, la dirección intermitente que seguimos, ofrecía agradable sucesión de barrancos y pedregales, á pesar de lo cual, no reprimía Andrés la celeridad de su cabalgadura que trotaba gallardamente á paso de á tres leguas por hora. Maravillado estaba yo, á la vez que descontento, de la terquedad del picaro, ya que no hallábamos sino subidas y bajadas muy bruscas en terreno propio para descrimarse uno veinte veces,

costeando de tan cerca los precipicios, que un paso en falso del caballo bastara para ocasionar al caballero segura muerte.

Ni podíamos fiarnos, para asegurar la marcha, de la claridad de la luna que sólo despedía pálida luz, en tanto que la masa de montañas proyectaba espesas tinieblas en muchos parajes, por lo cual no me quedaba otro recurso, para seguir las huellas de Andrés, que el ruido de las herraduras de su caballo y las chispas que arrancaban las mismas de los pedruscos del camino.

Por de pronto, la rapidez de la marcha y la atención que el cuidado de mi seguridad personal me obligaba á dedicar á mi cabalgadura, produjéronme el buen efecto de distraer mi espíritu de ideas tristes, á las cuales, de seguro, se hubiera abandonado. Últimamente, después de haberle dicho, gritando, á Andrés que moderara el paso, su imprudente obstinación en no obedecerme me exaltó la bilis. Mi ira no fué más afortunada. Dos ó tres veces probé de darle alcance, con el firme propósito de pararlo á latigazos, pero iba mejor montado que yo, y, fuese por fogosidad de su caballo, fuese por presentimiento de mis buenas intenciones, aceleraba el paso no bien estaba yo próximo á alcanzarlo. De otra parte, veíame obligado á no perdonar la espuela para no perderle de vista, pues demasiado sabia yo que sin él me fuera imposible orientarme en mitad de aquellas hórridas soledades que atravesábamos de una sola embestida.

Finalmente, y no pudiendo dominar ya más mi cólera, amenacé al impetuoso Andrés con hacer uso de mis pistolas y de mandarle una bala que suspendiera, en el acto, su endiablado escape, si no lo reprimía por su cuenta: amenaza que impresionó sus oídos, hasta entonces sordos á mis ruegos, puesto que cambió súbito el paso.

— Insensato es el galopar tan locamente; — dijo cuando estuve cerca de él.

— ¿Cuál era, pues, vuestro propósito procediendo de esa suerte, miserable testarudo? — le pregunté.

Era yo preso de uno de esos accesos de cólera que se exaltan

más cuando se acaba de experimentar un movimiento de terror, el cual semeja á las gotas de agua que excitan el ardor del fuego sin lograr extinguirlo.

— ¿Qué me quiere Vuestro Honor? — demandóme Andrés con imperturbable sangre fría.

— ¿Que qué deseo, bribón? Hace una hora que me desgañito gritándoos que andéis menos aprisa, y ni siquiera me habéis respondido. ¿Estáis borracho ó loco?

— Con perdón de Vuestro Honor, soy algo duro de oído, aparte de que no niego que haya bebido, tal vez, el « trago de marcha », antes de dejar la antigua casa en que he trabajado durante tantos años. Falto de amigo con quien brindar, puede que me haya encargado de hacerlo por dos; de otra suerte, hubiera debido abandonar á los papistas el resto de mi cuarterola de aguardiente, y en verdad que hubiera sido despilfarro.

Había en tales observaciones cierta apariencia de verdad, y además la necesidad me aconsejaba seguir en buena inteligencia con mi guía. Limitéme, pues, á prescribirle que, en lo sucesivo, se ajustara á mis órdenes para regular nuestra marcha.

Estimulado por el apaciguarse de mi voz, Andrés elevó la suya en una octava, tomando el tono de suficiencia doctoral que le era peculiar.

— Vuestro Honor no me convencerá nunca, como nadie en el mundo, de que sea prudente ó sano el tomar de noche el aire de los bosques sin haberse pertrechado antes con un buen vaso de agua específica, ó de aguardiente, ó de otro cordial de este jaéz. He atravesado cien veces las costas del monte de las Nutrias, de día como de noche, y jamás acertara á salir del paso sin haber bebido la « gota de la mañana, » en prueba de lo cual llevaba mi cuarterola de aguardiente en cada arzón de la silla.

— En otros términos, Andrés: os dedicabais al contrabando. Y ¿cómo vuestros rigurosos principios se compaginaban con el fraude al Estado?

— Entre los egipcios fuera buena presa; mas la pobre vieja Escocia, después de la malhadada Unión, tiene mucho que su-

frir de parte de esos innobles pillos aduaneros, que han caído sobre ella en abundancia, igual que langostas, y es obrar como buen hijo el suministrarle alguna gota de algo para remozar su corazón, quiéranlo ó nó esos monstruosos fulleros.

Prosiguiendo la plática, comunicóme Andrés que más de una vez había pasado por aquellos desfiladeros practicando el contrabando antes y después de su permanencia en el castillo: circunstancia no exenta de valor, puesto que me daba la medida de su habilidad en guiarme, á pesar de la corrida con que emprendiéramos la marcha.

Seguíamos, á la sazón, un paso más moderado, siquiera el espolazo de marras, que tanto había precipitado los movimientos de mi guía, pareciese ejercer todavía sobre él un resto de influencia. Así volvíase, á menudo, para lanzar miradas bruscas y terroríficas, y en cuanto el camino aparecía más socorrido, atormentaba á su cabalgadura para que alargara el paso, cual si sintiera á los aduaneros irle en zaga.

Sus sobresaltos disminuyeron por grados, hasta que subimos á una desolada montaña, cuya meseta, de un cuarto de hora de extensión, era sólo accesible salvando abruptas pendientes.

Los pálidos rayos de la mañana comenzaban á iluminar el horizonte. Andrés miró, de nuevo, tras sí, y, no viendo sombra de ser viviente en los desiertos que acabábamos de atravesar, sus duras facciones serenáronse poco á poco y púsose á silbar, y luégo á cantar, con más afición que melodía, el final de una canción escocesa:

*Es para mi Jenny la ufana,
En la montaña y tierra llana,
Y no ha de verla más su clan.*

Y, al propio tiempo, pasaba la mano por el pescuezo de su cabalgadura, que tan valerosamente le había servido: gesto que hizo fijar mi atención en el bruto y reconocer en él, desde luégo, al caballo predilecto de Thorncliff Osbaldistone.

— ¿Cómo se entiende, Andrés? — le pregunté severamente.

— Vuestro caballo pertenece á mi primo!

— Es posible que le haya pertenecido algun día, pero hoy es mio.

— ¡Se lo habéis robado, canalla!

— No, no señor. Nadie tiene derecho á acusarme de ladrón. Váis á ver cómo ha sido eso. El señor Thorncliff pidióme prestadas diez libras, que le entregué para asistir á las corridas de York, y lléveme el diablo si me ha devuelto un cuarto, antes bien, al pedirselo, hablaba siempre de sobarme las costillas. Ahora os aseguro que no será fácil hacer repasar la frontera á mi bruto, y que si Thorncliff no me reembolsa hasta el último maravedí, no le verá más el pelo del rabo al animal. Conozco, en Loughmaben, á un chico listo, procurador de punta, que me enseñará el modo de componérmelas con el otro. ¡Ladrón! ¡Nada de eso! Lejos de mí semejante pecado! Me he apoderado del cuadrúpedo *jurisdictionis fandandy causey*, como dice el procurador, que se explica casi tan bien como los jardineros y otros sabios: tres palabras (¡lástima que cuesten tan caras!) que son todo lo que Andrés ha sacado en claro de cierto largo pleito y de cuatro barriles del mejor aguardiente que haya sorbido el gznate humano. ¡Ay, señor! La ley no se aprende gratis.

— Más costosa será para vos, Andrés, si proseguis cobrándoos por vuestra cuenta y sin el debido consentimiento.

— ¡Bah! Estamos ya en Escocia, á Dios gracias, y no han de faltarme amigos, procuradores y hasta jueces, ni más ni menos que á cualquiera de los Osbaldistone de allá. El primo de mi abuela, en tercer grado, lo es del preboste (1) de Dumfries, y no ha de tolerar que se falte á una gota de su misma sangre. ¡Vaya! Aquí la justicia no es parcial en favor de nadie; no sucede como en vuestro país, donde se pone mano sobre un pobre diablo por una orden del escribaño Jobson sin darle tiempo para volver el rostro. ¡Oh! y que antes de poco

(1) Cabeza, presidente ó decano de ciertos cuerpos ó comunidades.

tendrán aún justicia peor, sea dicho de paso, razón por la cual, junto con los demás, les he dicho «ahí queda eso.»

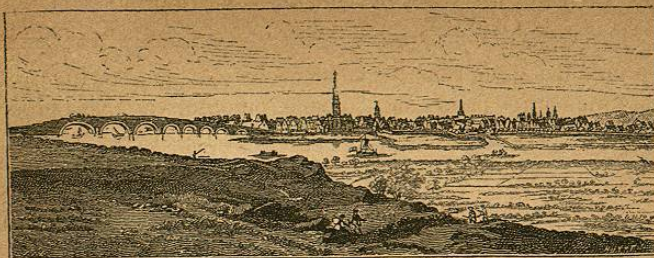
Las picardías que soltaba Andrés me contrariaron mucho, moviéndome á lamentar el destino que, por segunda vez, colocaba en mi camino á un individuo de tan escasa moralidad. No obstante, concebí la intencion de comprarle el caballo, en cuanto llegáramos al término del viaje, y de devolvérselo á mi primo, sin perjuicio de escribir á mi tío acerca del particular, aprovechando la primera oficina de correos. Por lo que toca al culpable, parecióme trabajo perdido el reñir con él por una acción bastante natural, después de todo, dada su condición. Ahogué, por ende, mi disgusto, y preguntéle á Andrés lo que quería significar al decir que, en breve, se administraría aún menos justicia en el Northumberland.

— ¡Justicia! — respondió. — ¡Pues! Bastará con la del palo. Sacerdotes, militares irlandeses y toda la ganadería papista, que fué á enredarse en el extranjero por miedo de presentarse en el país, ahora regresará allá en tropel, y... los cuervos no se reunen cuando no huelen la carne muerta. Tan seguro como que vivis, que sir Hildebrando perderá la cabeza en el zafarrancho. El castillo está atestado de pistolas y fusiles, de espadas y de puñales y... Se batirán de lo lindo, os lo prometo, porque nada les arredra á aquellos jóvenes exaltados, con vuestro perdón sea dicho.

El precedente discurso reprodujo en mi memoria las sospechas que concibiera yo de que los jacobitas estaban en visperas de alguna empresa desesperada; pero, calculando que no me incumbía el vigilar la conducta de mi tío, había evitado, más que buscado, las ocasiones de conocer lo que pasaba en el castillo. Mas Andrés, inaccesible á tales escrúpulos, decía evidentemente la verdad al suponer que se tramaba un complot y que semejante circunstancia era otro de los motivos que le habían determinado á partir.

— Los criados, — añadió, — al igual que los enfioteotas y demás, han sido comprometidos y revistados. También á mí querían armarme, pero ¡quíá! ¡enredarme yo con una tropa de

esa casta!... ¡Qué poco me conocen los que me lo propusieron! Me batiré cuando me acomode, pero no será por la prostituida de Babilonia, ni por otra alguna de Inglaterra!



CAPÍTULO XIX.

Al pie de ese hendido campanario que, batido por los ultrajes del viento, parece aspirar sólo a la ruina, duermen el génio del poeta, la bravura del guerrero y los suspiros del amante.

JOHN LANGHORNE.

LEGADOS á la primera villa de Escocia, Andrés no olvidó el ir en busca de su amigo el procurador, á quien fué á consultar acerca de los trámites indispensables para convertir decentemente en propiedad legítima la « hermosa bestia » que hasta entonces sólo le pertenecía por obra y gracia de un escamoteo bastante común todavía en un país donde reinara, en otro tiempo, la impunidad.

Complacióme el verle de vuelta con aire corrido y rostro descompuesto. A lo que entendí, había dado excesiva extensión á las confidencias hechas á su antiguo compadre Buchedor, el cual, en cambio de su franca declaración, le comunicó que, durante la ausencia del consultante, había sido nombrado secretario del juzgado de paz, estándole, por consiguiente, encomendado el instruir al juez de las tretas de aquel género. El